

ACTIVIDADES JORNADAS DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA Y DEL TIEMPO PRESENTE



UNED

LOURENSE

Jornadas de Historia Contemporánea y del Tiempo Presente

David Alegre Lorenz
Miguel Alonso Ibarra
Arnau Fernández Pasalodos
Rocío Negrete Peña

La guerra civil española 90 años después. Violencia, movilización y exilio

2-3 de marzo de 2026
Actividad on-line

COMITÉ ORGANIZADOR

M.ª Concepción Álvarez Gómez
(UNED-Ourense)
A. Tierra Lozano Ramírez
(U. Vigo)
Adrián Martínez Garrido
(UVigo)
Julio Prada Rodríguez
(UVigo)
Domingo Rodríguez Teljeiro
(UVigo)

SECRETARÍA TÉCNICA

Miguel Prada Álvarez

COMITÉ CIENTÍFICO

Luis Domínguez Castro (UVigo)
Marcela García Sebastián (U.
Complutense)
Bárbara Ortuño Martínez (U. de
Alicante)
José Ramón Rodríguez Lago
(UVigo)
Luis Velasco Martínez (UVigo)



ACTIVIDADES DE FORMACIÓN ON LINE (14 horas)

***Jornadas de Historia Contemporánea y del
Tiempo Presente «La Guerra Civil Española 90
años después. Violencia, movilización y exilio»***

Alumnado UNED

PLAZO MÁXIMO DE ENTREGA 16 horas del 3 de mayo de 2026

FORMA DE ENTREGA: Entregar en jprada@ourense.uned.es en un único archivo en formato Word o pdf.

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA. EXPERIENCIA, MOVILIZACIÓN Y ADOCTRINAMIENTO (1936-1939)

Miguel Alonso Ibarra

1. Elabore un mapa conceptual de las principales cuestiones abordadas en la ponencia.
2. Ponga en relación la tesis de la «guerra lenta» con la ponencia de Arnau Fernández Pasalodos (250-500 palabras).

LOS PERPETRADORES EN LA ESPAÑA GOLPISTA DE 1936

David Alegre Lorenz

Realice un comentario de la imagen adjunta, ayudándose para ello de las pautas proporcionadas y teniendo en cuenta la intervención del ponente a la hora de analizar el papel de los perpetradores en la España sublevada.



CÓMO COMENTAR UNA IMAGEN HISTÓRICA

1. LOCALIZACIÓN/CLASIFICACIÓN

Tipo de imagen (foto, pintura, dibujo, cartel, etc.).

Lugar y fecha, explicando brevemente las circunstancias históricas del momento.

Tema (político, religioso, económico, social, etc.).

Intencionalidad (subjetivo/objetivo) y a quién se dirige.

Autor, en el caso de que se trate de un fotógrafo reconocido.

2. ANÁLISIS DE LA IMAGEN

Elementos: personajes, objetos, animales. Escenario.

Contenido: tipo de plano, colores, luces, etc.

3. COMENTARIO

- Comentario propiamente dicho de la imagen. Consiste en situar, comentar y relacionar la imagen con el proceso histórico al que se refiere.
- Deben explicarse las razones de la estructura de la imagen, de los objetos que aparecen y del mensaje que quiere transmitir en relación al marco histórico.
- Debe criticarse la imagen en relación con el tema correspondiente, prestando atención a aspectos como la autenticidad, exactitud, interpretaciones, posibles errores, etc.

4. CONCLUSIÓN

- Las conclusiones deben estar en relación con los caracteres generales de la imagen y del tema histórico.
- Deben destacar la aportación de la imagen al conocimiento de los sucesos que se cuentan, sus repercusiones y cuál es su interés.

EXILIADAS EN FRANCIA. TRABAJOS, EXPERIENCIAS Y LUCHAS DE MUJERES REPUBLICANAS ESPAÑOLAS

Rocío Negrete Pena

Lea los capítulos «Reflexiones en torno a las exiliadas republicanas en México» y «Españolas en la “Gran Guerra Patria”» (Domínguez Prats y Iordache Cârstea en *Mujeres en el exilio republicano de 1939*, pp. 37-46; 149-162. <https://www.mpr.gob.es/servicios/publicaciones/Documents/MujeresExilioRep.pdf>) y compárelos con la visión proporcionada en la ponencia, analizando las diferentes experiencias de exilio vividas por las mujeres españolas (500-750 palabras).

UNA GUERRA QUE NO TERMINA EN 1939

Arnau Fernández Pasalodos

Ponga en relación los fragmentos seleccionados de *El lector de Julio Verne* (Almudena Grandes, 2012) con los aspectos tratados en la ponencia (500-750 palabras).

Y padre, que me conoció con más de un año, habría dado cualquier cosa a cambio de que le destinaran lejos de su pueblo, pero no había podido evitar que sus superiores se enteraran de que conocía la Sierra Sur como la palma de la mano, así que le habían mandado a Fuensanta de Martos, a dos pasos de Valdepeñas de Jaén, donde la guerra no había terminado todavía por más que don Eusebio se empeñara en contar en voz alta los años de paz en algunas fechas señaladas.

[...]

Cuando los expertos que habían venido de Jaén se rindieron al súbito fracaso de sus técnicas tradicionales y hasta de las más sofisticadas, comprendieron que se enfrentaban a una situación nueva en aquella guerra nueva y vieja. Entonces vinieron otros de Madrid, y hasta un comisario de la Brigada Político-Social que por lo visto era muy famoso. Será por las orejas, comentó mi madre, porque las tenía tan grandes como si llevara una chuleta de ternera pegada a cada lado de la cara, pero mi padre dijo que no, que se había ganado un montón de medallas desarticulando grupos comunistas. Eso habría sido en la Puerta del Sol, porque con los de mi pueblo, desde luego, no pudo. El monte y el llano respiraban a la vez el mismo aire, y los de arriba

bajaban a ver a sus mujeres, a sus hijos, a dormir en su cama de vez en cuando, y subían los de abajo, ellas vestidas de hombre para que nadie las conociera, y todos, por una razón o por la contraria, declaraban en voz alta que esos encuentros eran mentira, chismes, pura ley enda, pero todos sabíamos lo que ocurría, y llevábamos la cuenta de los milagrosos embarazos de las mujeres sin hombre que no salían de su casa, todas esas mujeres decentes que se ponían coloradas al improvisar un desparpajo que no tenían, y tartamudeaban como si la lengua les estorbara dentro de la boca mientras le contaban a sus vecinas que un día no habían podido aguantar más y se habían acostado con un vendedor ambulante. Todas, menos Carmen la Rosa, la mujer de Cencerro, que cuando se quedó viuda y a llevaba seis años en la cárcel por decir la verdad.

—Que esa es otra —mi madre tampoco dejaba pasar la ocasión de recordarlo en voz alta—, meter presa a una mujer por ser decente.

—No está presa por eso, Mercedes, sino por hacer propaganda subversiva.

—¿Propaganda subversiva? ¿Decir que te acuestas con tu marido es hacer propaganda subversiva? Y ponerle los cuernos, ¿qué es? ¿Apoyar a Franco? Pues sí que, tanto cura y tanta misa, y luego...

—Que te calles, Mercedes, que no sabes de lo que hablas.

—Pues no me callo porque no me da la gana, ea. Lo único que hizo la Rosa fue decir que la había dejado embarazada su marido. ¿Eso es para ir a la cárcel? ¿Ser decente, y querer al marido de una, y acostarse con él es para ir a la cárcel, Antonino? —mi padre no se atrevía a contestar y su silencio la envalentonaba todavía más—. Y muy bien que hizo la muchacha, primero por decir la verdad, y luego porque habría que haberos oído, llamándole cornudo sin necesidad...

[...]

El teniente se emborrachaba casi todas las noches, Arranz, absolutamente todas, Romero les seguía de cerca, Izquierdo fumaba grifa que le pasaba un primo suyo o que era legionario, y los demás se consolaban con la idea de que ellos sólo cumplían órdenes, de que la responsabilidad era de otros, de los que vivían en Madrid, los que trabajaban en grandes despachos con calefacción en invierno y ventiladores en verano, los que nunca se destrozaban los pies de peña en peña ni se manchaban las manos de sangre. Esos podían contar la historia como les conviniera, podían celebrar los años de paz que se cumplían cada mes de abril recordando las iglesias en llamas, los curas destripados, las monjas violadas, el terror de las hordas marxistas que habían precipitado su intervención sagrada y salvadora. En Madrid habría gente que creería que en 1939 se había acabado la guerra, pero en mi pueblo todo era distinto. En mi pueblo, los hombres se echaban al monte para salvar la vida, y la autoridad perseguía

a las mujeres que intentaban ganársela con la recova, a las que recogían esparto en el monte, a las que lo trabajaban y hasta a las que vendían espárragos silvestres por las carreteras, porque para ellas todo estaba prohibido, todo era ilegal, todo un delito y la supervivencia de sus hijos un milagro improbable. Así eran las cosas en mi pueblo, donde te podían matar por la espalda cualquier noche por haber dado de comer a tu hijo, a tu padre, a tu hermano, sólo por eso, eso bastaba para legalizar cualquier muerte, eso convertía a cualquiera en un bandolero peligroso, un enemigo público feroz, aunque no hubiera cogido un fusil en su vida. Esa era la ley y era una ley injusta, una ley odiosa, una ley atroz y bárbara, pero la única ley, y los guardias civiles quienes la aplicaban.

Ellos sólo cumplían órdenes, pero sabían la verdad, y que si algún día se daba la vuelta la tortilla, los que legislaban desde un despacho iban a tener preparado un avión para salir huyendo, mientras que a ellos no les esperaba otro destino que las tapias del cementerio y con razón, la razón de una guerra que no iba a terminar nunca. Lo sabían, y además de remordimientos, tenían miedo, miedo de las represalias, de la venganza que podía cebarse en ellos, dejarles secos en cualquier momento. De ese miedo nacía el odio que les hacía crueles, pero que no dejaba de convivir con un miedo diferente, semejante a su vez al de los vecinos a quienes hostigaban, el miedo que les impedía rebelarse contra las órdenes que recibían, detener en algún punto la espiral de terror en la que ellos también estaban atrapados sin remedio, negarse a apretar el gatillo mientras una persona temblorosa y desarmada les ofrecía la espalda un instante antes de caer muerta en el suelo. Ese era el miedo que se convertía en vergüenza ante el insólito espectáculo de cualquier hombre valiente, como aquel capitán del ejército que mandó parar la música en Martos mientras un requeté bailaba encima del cadáver de Crispín, y que, y hasta y o me daba cuenta de eso, no tenía por qué ser un rojo, pero sí era, sin duda, admirable, mucho más valioso que todos los que se quedaron mirándole sin hablar, sin hacer nada aparte de aguantarse las náuseas hasta el final del espectáculo. Mi padre solía decir que daría cualquier cosa por cambiar de destino, y todos sabíamos que era verdad. Todos sus compañeros habrían preferido vivir en otro pueblo, en otra provincia llana y tranquila, sin sierras, sin montes, sin guerrilla.